

toda frialdad; no combatiendo á enemigos que se defienden, sino degollando á vencidos á quienes se había prometido la vida; no matando ya á hombres, sino dando muerte á mujeres y á niños. Dejemos hablar á los contemporáneos. Trescientos Sarracenos se habían refugiado en la torre de David, y pidieron al conde Raimundo de Tolosa que por su rectitud les perdonara la vida; bajo su palabra le entregaron la ciudadela. Tal es la relación de *Raimundo de Agiles*, testigo ocular. *Alberto de Aix*, que escribía por referencia de los peregrinos, dice que fué Tancredo el que desplegó su estandarte sobre la torre, en prueba de la protección que otorgaba á los vencidos. Lo cierto es que la capitulación fué violada; ni uno solo de los Turcos escapó al furor de los cristianos. Á las enérgicas convenciones de Tancredo respondieron los cruzados que la compasión era inoportuna; que, al contrario, era indispensable dar muerte á todos los cautivos, áun á aquellos que habían rescatado su vida. Y en el acto se arrojaron sobre los prisioneros y sobre todos los que habían escapado á la carnicería ó que habían obtenido perdón, y todos fueron degollados: "Las jóvenes, las mujeres, áun aquellas que estaban en cinta, fueron degolladas ó apedreadas; y las infelices, espantadas á la vista de tanta sangre, se abrazaban á sus verdugos y se echaban á sus piés para salvar la vida; pero en vano imploraban la piedad de los vencedores, que no perdonaron ni áun á los niños de pecho" (1). El abate *Guibert de Nogent*, despues de haber referido aquellas escenas de carnicería, añade: "Rara vez se lee, y nosotros no hemos visto nunca, que se haya hecho un degüello tan grande de gentiles. En justa represalia castigó Dios á aquellos que habían atormentado con todo género de suplicios á los peregrinos que viajaban por amor de Él," (2).

¿Qué se puede añadir á tan horribles escenas? Los cruzados vertieron lágrimas de alegría sobre el sepulcro de Cristo; el historiador debe verter lágrimas de dolor por la miserable condición de la humanidad. ¡Hé allí los discípulos de un Dios de caridad! Se encuentran en uno de esos momentos de exaltación en que brotan los buenos sentimientos que Dios ha puesto en el corazón del hombre, y, sin embargo, no sienten más que odio á los ven-

(1) ALBERT DE AIX, VI, 28-30 (BONGARS, p. 282).

(2) GUIBERT DE NOGENT, VII, 10 (BONGARS, p. 537).

cidos, porque los vencidos son los enemigos del Dios de los cristianos. ¡Hé allí la flor de los caballeros para quienes la lealtad es la primera virtud, y dan muerte á enemigos desarmados, á prisioneros que habían obtenido el perdón! Que no se nos venga á decir que el cristianismo ha fundado el derecho de gentes, y que es á él á quien hay que atribuir la buena fe y la humanidad que reinan ya en las guerras. Sí, entre fieles, entre sectarios del mismo Dios; pero con respecto á los infieles, no. Los infieles son criminales y han ofendido á Dios; para ellos no hay derecho ni humanidad. El odio, dice *Guillermo, obispo de Tiro*, es natural entre cristianos y Sarracenos (1). ¿No deben odiar aquéllos á los que odian al Señor? (2). Cumplir los juramentos á un infiel sería pecado más grande que el violarlos, dice el *patriarca de Jerusalem* (3). No es crueldad el castigar á los enemigos de Dios, es piedad, dice un Padre de la Iglesia, porque el Señor ha dicho: "Si tu padre, si tu amigo, si tu propia mujer te quiere apartar de la verdad, que tu mano caiga sobre ellos y derrame su sangre" (4). Hé aquí el derecho de gentes de los cristianos. Si en el día es sagrada la buena fe, si la humanidad ha hecho lugar á los *santos furoros*, es porque los pueblos se han elevado por cima de las estrechas y crueles pasiones de la religión, es que la religión misma se ha modificado. ¡Que el progreso de los sentimientos humanos, por más que sea lento, nos sirva de consuelo y de esperanza!

N.º 3.—Apreciación de las guerras sagradas.

Uno de los mejores cronistas del siglo XII ha titulado su Historia de las cruzadas: *Gesta de Dios por los Francos*. "Las víctimas de las cruzadas, dice *Guibert de Nogent*, son la obra de Dios únicamente; lo que se ha hecho se hizo por Dios y por

(1) GUILL. DE TIRO, XVI, 13 (BONG., p. 482): «Solet enim in huiusmodi conflictibus odiorum incentivum et inimicitiarum fomitem dare majorem, sacrilegii et legis contempte dolor, etc.»

(2) SAN BERNARDO aplica á las órdenes militares estas palabras del profeta: *Nonne qui odersunt te, Domine odervnt, etc.* (*Sermo ad Milites Templi*, c. IV).

(3) Continuación de GUILL. DE TIRO, ed. Guizot (*Colección de Memorias*, t. XIX, p. 92): «Sabad que cometeréis mayor pecado guardandoles el juramento que faltandoles á él.»

(4) *Decretum Gratiani*, Causa XXIII, quest. VIII, c. XIII (de SAN JERÓNIMO): *Non est crudelitas crimina pro Deo punire, sed pietas. Unde et in lege dicitur (Deuteronomio, 13): «Si frater tuus, et amicus et uxor que est in sinu tuo, depravare te voluerit a veritate, sit manus tua super eos, et effundat sanguinem eorum.»*

la mano de los hombres que él quiso escoger" (1). Hay una profunda verdad en esas palabras; la filosofía de la historia puede decir con los cruzados: *¡Dios lo quiere!* Pero lo que los cruzados tomaban por voluntad de Dios no era más que la inspiración de una religión estrecha, y la historia ha descubierto á la posteridad los verdaderos designios de Dios en las cruzadas. Si los cruzados hubiesen tenido conciencia de ello, si hubiesen podido prever cuáles iban á ser los efectos de su peregrinación, su entusiasmo se habría trocado en terror. El fin de la guerra santa se frustró por completo; el sepulcro de Cristo quedó en poder de los infieles. Pero ¿es que al menos los que se pusieron á la cabeza de los cruzados se aprovecharon de sus seculares combates? Las cruzadas eran obra del papado y de la nobleza feudal: los papas fueron el alma que inspira, la caballería el brazo que hiere. Cuando comenzaron las guerras santas, el papado y el feudalismo estaban en todo su apogeo; aquéllas concluyeron porque la cristiandad dejó de obedecer la voz del papa. En cuanto á la Europa feudal, á últimos del siglo XIII se hallaba en plena disolución. ¿Y cuál fué el instrumento más activo de aquella disolución? Las cruzadas; ellas inauguraron una nueva era en la cual no fué el espíritu religioso el que preponderó, sino el espíritu comercial, en la cual la aristocracia guerrera hizo lugar á la libertad y á la igualdad. Hé ahí lo que han hecho las cruzadas; no es ciertamente lo que querían hacer. ¿Es decir esto que el hombre sea el juguete de una ciega fatalidad? No, pero hay que distinguir la obra del hombre de la obra de Dios. La libertad humana entra por poco en los grandes acontecimientos que destruyen y renuevan las sociedades. Los Bárbaros que invadieron el imperio romano seguramente que no tenían la conciencia de su obra de destrucción y de regeneración, como tampoco los cruzados tenían la conciencia del fin á que Dios les conducía. Sin embargo, hay que juzgar á los hombres según lo que ellos han querido, no según lo que Dios ha hecho por su ministerio; bajo este punto de vista debemos apreciar las cruzadas.

El siglo XIII ha llamado á las cruzadas una locura (2). Se ha respondido que los filósofos de-

(1) GUIBERT DE NOGENT, Prefacio (BONGARS, p. 468).

(2) HUME (*Hist. de Inglaterra*, c. v) dice que las cruzadas son el monumento más durable y más extraordinario de la locura humana que se ha visto en edad y en nación alguna.

bían estar ciegos para no ver que aquel movimiento prodigioso de las poblaciones había producido consecuencias inmensas. Sí, pero las consecuencias son de Dios, la locura es de los hombres. ¡Una guerra de dos siglos emprendida para conquistar el *sepulcro de Dios!* Nuestros descendientes se admirarán mucho más que se han admirado nuestros padres de la superstición de los cruzados. ¿Serán estas palabras demasiado duras? Consultemos los sentimientos de los cruzados y veamos si merecen otra calificación. Cuando Pedro el Ermitaño predicó la guerra santa, el entusiasmo religioso había llegado á su colmo. ¿Y de qué manera se manifestó? Se creía que había algo de divino en el predicador, y se llegó hasta arrancar los pelos de su mula para guardarlos como reliquias (1). Los primeros cruzados, llenos de confianza en Dios, siguieron á Pedro el Ermitaño, bien persuadidos de que la victoria iba á coronar su santo celo. ¿Cuáles eran sus guías? *Una oca y una cabra que ellos creían inspiradas por Dios* (2). Tales eran las creencias de la masa de los fieles, y no era más ilustrada la fe que animaba á los jefes. Un escritor católico nos dispensará de probar que el fundamento religioso de las cruzadas no era más que una ciega superstición: "Se quería vengar la vergüenza de Jesucristo, dice *Fleury* (3); pero lo que Cristo tiene por injuria es la vida disipada de los malos cristianos, como eran la mayor parte de los cruzados, mucho más que la profanación de criaturas insensibles, de edificios contragrados á su nombre y de sitios que nos recordan lo que ha sufrido por nosotros. Cualquiera que sea el respeto debido á los Santos Lugares, la religión no está pegada á ellos, y el mismo Cristo nos lo ha declarado diciendo que había venido el tiempo en que Dios no sería ya adorado en Jerusalem ni en Samaria, sino por todas partes en espíritu y en verdad... El llamar á la Palestina herencia del Señor y tierra prometida á su pueblo es valerse de un equívoco... La herencia que Jesucristo ha adquirido con su sangre es su Iglesia, reunión de todas las naciones, y la tierra que le ha prometido es la patria celestial. Debemos estar prontos á dar nuestra vida por él, pero es sufriendo toda clase de persecuciones, de tormentos y hasta la muerte misma, ántes que renunciar á su

(1) GUIBERT DE NOGENT, II, 8 (BONG., 482).

(2) ALBERT DE AIX, I, 31 (BONG., 196).

(3) FLEURY, *Discurso sobre la historia eclesástica*, VI, § 4.

gracia ó perderla. No, él no nos ha mandado exponer nuestra vida combatiendo á los infieles con las armas en la mano.»,

¿Qué hemos de decir de las cruzadas contra las poblaciones paganas del Occidente? La Iglesia considera como un título de gloria aquellas conversiones á mano armada (1). Verdad es que, á vuelta de los horrores de la guerra y despues de la sangre vertida, del exterminio y de la servidumbre de los vencidos, el cristianismo se estableció allí donde reinaba una idolatría salvaje. Pero ¿esto es una razón para aplaudir á los conquistadores? La codicia, la mala fe, el vandalismo, ¿pueden ser señales de santidad porque los bandidos se llamen caballeros de Cristo? Porque la fuerza haya hecho de un pagano un cristiano, ¿habrá que glorificar la fuerza como instrumento de conversión? Si las cruzadas contra los Sarracenos son una locura, las cruzadas contra los Eslavos son un crimen. Un filósofo del siglo XII, mártir de la fe cristiana, protestará por nosotros contra los gritos de triunfo de la Iglesia: «La guerra, dice *Raimundo Lulio*, lejos de ser un medio de difundir la religión, es el obstáculo más grande para que se propague: la verdad no podría penetrar en las almas ocupadas por la discordia y el odio. No es ese el sendero que Jesucristo nos ha trazado con su ejemplo. El Hijo de Dios no ha empleado la violencia para convertir á los Judíos; ha vivido en paz con todos los hombres, y se ha aprovechado de esas relaciones pacíficas para predicar la verdad á los que estaban en el error. Así es como los cristianos deberían obrar. Si han recurrido á la violencia, es porque el fervor de la caridad se ha entibado en ellos; que tengan más confianza en su religión, que la prediquen á los infieles: el error no puede resistir á la fuerza invencible de la verdad.», (2).

La fuerza de la verdad es irresistible; la violencia es impotente en el terreno de las ideas y de las creencias: tal es la enseñanza que un filósofo de la Edad Media había sacado de las guerras santas. Mas para que esa convicción haya arraigado en las conciencias, ¿cuántos siglos han sido necesarios! Y ¿quién la ha combatido con más obstina-

(1) RAYNALDI, *Annal. Eccl.*, a. 1218, § 43: «Qua sane in re Christiane religionis pulcherrimos triumphos suscipere debemus, que barbaros in tantam immanitatem effratatos ad mansuetudinem et veri numinis cultum revocavit.»

(2) RAYM. LULLI, *Op.*, t. IX, p. 512.—NEANDER, *Geschichte der christlichen Religion*, t. V, p. 368, 126.

ción? La Iglesia, que pretende ser la depositaria de la verdad eterna. Pero Dios no ha confiado á persona determinada ese sagrado depósito; la misión de los hombres es buscar la verdad, aunque nunca la poseerán por entero. Que la libertad más absoluta reine en esa ruda tarea; que cada partido, cada secta, cada Iglesia, no empleen más armas que las de la razón, y la verdad triunfará á despecho de nuestros desvarios y de nuestras pasiones. Ha llegado el tiempo, y cada vez se verá más claro, en que el emplear más armas que las de la razón para difundir ó para combatir creencias será una muestra de debilidad. La verdad es como el sol: se muestra, y el mundo le saluda con sus aclamaciones.

SECCION 3.^a

INFLUENCIA DEL CRISTIANISMO.

§ I. -El cristianismo, principio de humanidad.

El cristianismo, á pesar de sus pretensiones á la universalidad, ha quedado reducido á una religión exclusiva; tal sucede á todas las religiones reveladas. Se ven fatalmente impelidas á reprobar todo lo que está fuera de su revelación. Ese error vicia los gérmenes de humanidad y de paz que se encuentran en el fondo de la doctrina cristiana: la cristiandad se halla en estado de guerra permanente con los infieles, y los elegidos de Dios creen que es de su deber exterminar á los enemigos de Dios. Para apreciar la influencia del cristianismo en el derecho de gentes, es necesario permanecer dentro de los límites de la sociedad cristiana, ortodoxa, donde los sentimientos de fraternidad y de caridad que Jesucristo predicó pueden desplegarse á sus anchas. Una vez que hayan echado raíz en las costumbres, esos sentimientos romperán el círculo estrecho en el que las pasiones religiosas querían encerrarlos, y se esparcirán por la humanidad entera.

La gran misión del cristianismo en la Edad Media era la de civilizar los pueblos bárbaros que dominaban en el Occidente. La religión suaviza las costumbres, humaniza á los hombres, y por ese medio obra insensiblemente en las relaciones internacionales. Esas relaciones se concentran en la guerra, y las pasiones violentas de los Bárbaros

los arrebatan y llevan á actos de crueldad. Pero si la Iglesia no consigue desde luego domar la dureza de los combatientes, logra al menos despertarles remordimientos: ese es un primer paso hácia la humanidad. Luis VII, impulsado del amor á la venganza, lo lleva todo á sangre y fuego en el condado de Champagne; sitia á Vitry, es el primero que da el asalto, y destruye la ciudad; más de mil trescientas personas, refugiadas en una iglesia, sucumbieron en medio de las llamas. ¿Las hizo perecer Luis VII voluntariamente? Así es de creer; pero cuando la pasión quedó satisfecha, le asaltaron los remordimientos. San Bernardo se aprovechó de aquella emoción para atraer al rey á sus deberes: «¿Por qué incendio sobre incendio? ¿Por qué homicidio sobre homicidio? El clamor de los desgraciados, los gemidos de las víctimas, la sangre de los moribundos, ¿no resuenan en los oídos de Aquel que es el padre de los huérfanos y el protector de las viudas.», (1). Luis VII estaba enemistado con el papado; se reconcilió con la Iglesia, y para expiar su falta tomó la cruz (2). La expiación nos demuestra á la vez la buena y la mala influencia del cristianismo: de una parte, los remordimientos y la penitencia por la sangre derramada; de otra parte, el voto de verter sangre de infieles como expiación de la sangre de los cristianos. Así es como el mal se mezcla al bien; pero el bien se sobrepondrá: la guerra con los infieles dejará de ser santa, y la efusión de la sangre inocente continuará siendo un crimen.

La Iglesia misma fué arrastrada por su ambición á una lucha sangrienta con el imperio. Los papas más belicosos lamentaron los males de la guerra, por más que les parecía necesaria y santa. Gregorio IX, el severo anciano, escribe al cardenal que desempeñaba las funciones de legado en el ejército pontificio: «Dios nos impone el deber de sostener la libertad de la Iglesia; pero si la humildad no debe impedirnos el defenderla, la defensa no debe traspasar los límites de la humildad. El defensor de la libertad eclesiástica no debe emplear la espada material sino en casos raros y á su pesar, por decirlo así, contra aquellos que persiguen la Iglesia. Que no la use como si estuviera ávido de sangre, como si quisiera enriquecerse á

(1) S. BERNARDI, *Epist.* COXXI (BOUQUET, XV, 587).

(2) BOUQUET, XII, 116.

expensas de otro, sino de tal suerte que coloque á los que van extraviados en el buen camino. Es necesario para esto tratarles con gran dulzura. No olvideis nunca que combatís en nombre de Aquel que ha dicho: *No matarás*. ¿Cómo podeis, siendo soldados de Cristo, mostraros más crueles que los lobos? ¿Matar, mutilar, desfigurando la imagen del Creador, á aquellos á quienes deberíais perdonar para atraerlos al redil como ovejas descarriadas? Con dolor sabemos, sin embargo, que os entregais á estos excesos. ¿Nos conviene á nosotros, que llamamos á todos los hijos de la Iglesia á su seno, irritarlos complaciéndonos en derramar su sangre?... La Iglesia da su protección á los mismos criminales para salvarlos de la muerte; y ¿había de permitir que se matara y se mutilase á sus hijos? Á ese precio, ¿quién no preferiría la servidumbre del pecado á la libertad de la fe? Os mandamos que guardéis á los enemigos que caigan en vuestro poder, sin hacerles mal alguno; queremos que tengan motivo para alegrarse de su cautividad más que de la mala libertad de que ántes gozaban. Prohibiréis á los comandantes de las tropas que empleen violencia alguna con los prisioneros, bajo la pena de nuestra indignación.», (1).

Esas órdenes eran poco obedecidas; pero ¿qué importa? La humanidad no se impone por medio de órdenes. Sin embargo, cuando es la religión quien la ordena y lo toma á pechos, tiene mil medios para hacerla penetrar en las almas. Lo que al principio era un mandato inejecutable, acabará por ser un sentimiento general. La Iglesia no se limitaba á predicar la humanidad, sino que la practicaba. Á últimos del siglo XII se fundó el orden de los Trinitarios para la redención de cautivos. Ayudaban los Trinitarios la mayor parte del año; dióseles el nombre de *hermanos de los asnos*, porque no montaban nunca en caballos; se hacían pobres para ser ricos, y empleaban sus riquezas en librar á los cristianos de la esclavitud de los infieles. La orden de la Trinidad no se proponía más que la salvación de los prisioneros, y su temor no era tanto por la esclavitud de los cautivos como por el peligro de su apostasía. Pero la libertad se aprovechaba de la caridad religiosa; y la redención de cautivos fué útil á los mismos infieles, porque los Trinitarios rescataban prisioneros sarracenos para

(1) RAYNALDI, *Annal. Eccl.*, a. 1229, § 44.